

GERARDO VÁZQUEZ CEPEDA

Delirios de un opositor

Delirios de un opositor

Gerardo Vázquez Cepeda

Este relato ha obtenido el Tercer Premio en el IV Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2017, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

Sergio arqueó su espalda hacia atrás para estirar las vértebras, comprimidas como el fuelle de un acordeón y así dar nueva vida a sus músculos entumecidos. Después volvió a agachar la cerviz sobre los apuntes. Leyó el enunciado “Tema 46, los Estados balcánicos en el siglo XX” y se concentró en su ficha-resumen, tapando el primer párrafo con la mano, para repasar lo aprendido meses atrás. En su mente comenzó a materializarse el puente de Sarajevo, cada piedra de su único vano sobre el río Miljaka compactada con la argamasa de miles de personas que perecieron durante el asedio en 1995. Un francotirador emergió entonces de entre la bruma y la bala se instaló en su cráneo limpia y silenciosamente.

Levantó la cabeza y cerró los ojos. Dayton, esa era la palabra que no conseguía discernir bajo el fuego de mortero. En su imaginación, el humo de las casas incendiadas cubría la ciudad como las nubes grises de una tormenta.

Acuerdos de Dayton, repitió para sí y lo garabateó al margen.

Sumaba. Era cuestión de pura aritmética. Veinte horas a la semana le daban para repasar diez temas, dos por día, si se concentraba. En dos meses podía repasar el temario completo. Un año daba para estudiar el temario seis veces. A esas jornadas había que añadir algunas horas extra. En ese momento ignoraba que la mayor parte de todo ese alud que le estaba sepultando, le sería de escasa utilidad en su futura vida profesional, pero pretendía, como un alquimista, convertirlo en oro. La veta aurífera anhelada, el pesado lingote de muchos quilates, era una de las cincuenta y cuatro plazas de profesor de Educación Secundaria por la especialidad de Geografía e Historia. En menos de un mes llegaría el día D, la hora H y Sergio daba el repaso final armado hasta los dientes, preparado para el desembarco.

Todas las tardes acudía a la biblioteca de cuatro a ocho. Todas y cada una de las tardes. Allí encontraba el silencio y la concentración necesaria. Por eso no admitía distracciones. De ningún tipo. Se encerraba en una de las salas menos transitadas y tan sólo hacía una breve pausa si el dolor de cervicales le impedía seguir o si una duda atroz se instalaba en su mente como una liendre, extrayendo su seguridad en sí mismo y tenía que levantarse para consultar una fuente autorizada y calmar sus nervios.

En los momentos de sueño y agotamiento extremo acudía al socorro de la máquina de café y bebía su brebaje como un vaquero del oeste su puño de whisky, de un solo golpe. El líquido ardiente quemaba en el esófago, pero le ayudaba a recargar su agotada batería y le permitía seguir estudiando.

Era el mes de mayo y la biblioteca había sido tomada por una horda de estudiantes universitarios, buscando el refugio de sus paredes silenciosas. Sin embargo, el ser humano es en el fondo un simio chillón y los jóvenes que iban llenando la sala asestaban continuas estocadas al silencio, desangrándolo. Sergio, componiendo un semblante de duro y misántropo espécimen, se había ido librando aquella tarde de cualquier ruidosa compañía y tres sitios permanecían todavía libres a su lado. Estratégicamente había esparcido algunos libros, para desanimar a los que, ignorando su mirada de hostilidad, se atrevieran a ocuparlos.

Repasando el inicio del tema, levantó la vista hacia el pasillo. Gavriilo Princip pasó a su lado con la pistola humeante y le miró, moviendo su espeso bigote. Sergio entornó los ojos y se concentró: *un recorte de periódico cae en las manos de Princip, que apura el vaso de cerveza y discute con sus compañeros, mientras golpea repetidas veces con el puño la foto del archiduque, que irá de visita a Sarajevo. A los pocos días, abre fuego sobre el heredero y su esposa.* Recordaba aquella historia punto por punto, no necesitaba repasar nada. Pero Princip permanecía frente a él, rascándose la coronilla, amarillo y sudoroso, tosiendo oscuros esputos con fragmentos de pulmón sanguinolento.

–Esfúmate, te tengo más que visto.

Lo dijo en voz alta y varias cabezas en la sala se movieron en su dirección. El opositor plegó de nuevo el cuello sobre los folios, apesadumbrado. Quizá estaba estudiando demasiado. Quizá su cálculo, la fórmula del éxito, funcionaba sobre el papel, pero era irrealizable para la voluble voluntad de un ser humano de inteligencia normal, y por qué no decirlo, para un niño mimado de clase media poco dado al esfuerzo sostenido como era él.

Una postal voló desde lo alto del techo, hasta posarse en su mesa. Sergio observó la fosa repleta de cadáveres descomponiéndose y leyó el remite. “Srebrenica”. Una postal desde la tumba. El libro de Emir Suljagic se encendió en una de las estanterías. Sergio se sintió tentado de levantarse, releer aquella frase que se había grabado a fuego en su memoria: “yo he sobrevivido, muchos otros no. He sobrevivido del mismo modo que ellos murieron”, pero se contuvo. Le pareció que aquellos apuntes descarnados no expresaban todo el horror de un siglo, pero decidió pasar página y consultó de nuevo su ficha resumen. Este era el repaso definitivo, no se podía escapar ni un detalle. Una voz femenina resonó entonces en la caverna de sus oídos:

–¿Está ocupado?

Sergio movió la cabeza como si fuera una vieja momia. Se escuchó el crujido de su cuello apergaminado en toda la sala. Fijó sus ojos de cuervo en la muchacha, que le miraba acariciándose el pelo de manera compulsiva. El silencio del opositor no la desalentó, al contrario. Como si del mariscal Tito se tratara, tomó la iniciativa y se sentó, apartando con un brazo los libros que Sergio había colocado como parapeto.

Su línea Maginot había sido superada por los panzers de la enigmática muchacha, que sin mediar palabra, sacó un archivador y el teléfono móvil y se hundió en sus apuntes con la celeridad de un submarino alemán.

El mariscal Tito, Yugoslavia. Expulsión del Kominform en 1947.

Sergio reescribió en su ficha de repaso remarcando bien la K y suspiró aliviado.

–Está. No lo he olvidado. Sigue en mi cabeza.

–¿Has dicho algo?– le interpeló la chica.

–No, disculpa, sólo pensaba en voz alta.

Todo arreglado con un intercambio de falsas sonrisas. Cada uno a lo suyo. Bien, ahora venía la peor parte, vamos a ver qué pasó con Rumanía y Bulgaria. Aquí Sergio se concentró aún más. Repitió mentalmente el nombre

del dictador rumano: Ceaucescu. *Unos médicos remueven los huesos consumidos de una tumba. En el cráneo, una herida de bala certifica los restos del líder comunista.*

Sergio notó entonces a la chica agitarse y un ligero temblor que iba in crescendo. La vibración comenzó a desplazar uno de sus bolígrafos hacia el borde de la mesa. Sergio lo contemplaba sin intervenir. De súbito, una vampírica figura se posó a su lado y recogió el bolígrafo al vuelo.

–¿Esto es tuyo?

Sin esperar respuesta, se sentó junto a él, apartándole unos escasos centímetros con el codo.

Después de la Primera Guerra Mundial, Rumanía recibió Transilvania y parte del Banato. Fue en la paz de Trianon. Lo subrayó, deletreando: T-r-i-a-non.

El vampiro que tenía a su lado alzó su cintura sobre la mesa y abrió la boca en dirección a la muchacha. Sergio observó de reajo como besaba los labios gruesos de ella, que lo atrapaba como una mantis. Comenzó a marearse. El vampiro le miraba de reajo. Algo de sangre restalló entre sus dientes, afilados como agujas alpinas. Los Cárpatos, recordó: *Los Cárpatos, Los Montes Cámbricos, el Macizo del Jura, el Karst eslovaco, los Apeninos, los Balcanes...*

Los nombres desfilaron en su mente como las tropas soviéticas por la plaza Roja el día de la victoria. Estos son de otro tema, pensó. Era hora de hacer una pausa. El vampiro aleteó satisfecho en su sitio, mientras la muchacha, pálida de anemia, se iba desvaneciendo sobre la mesa.

Sergio aprovechó el descanso para fumar despaciosamente un cigarro y después renovar los libros que tenía en préstamo. Allí le esperaba una de las bibliotecarias, con la que llevaba meses flirteando sin dar el asunto por concluido. Si los albañiles sueñan con modelos de pasarela callejera que sonrían ante sus groseros piropos y los soldados heridos en batalla con

enfermeras de carnes generosas, los opositores lo hacen con guapas bibliotecarias, monumentos eróticos con gafas de pasta. Sergio contempló en silencio a su musa, que guiñaba los ojos delante del ordenador, precisamente porque había olvidado las gafas.

–Hasta el día 25.

–Los traeré antes.

–¿Cuándo son las oposiciones?

–El 21 de junio.

–Seguro que vas bien preparado, no fallas ni un día.

Sergio no sabía si seguir la conversación o quedarse varado contemplando a la muchacha, mientras fingía buscar algo en el índice del diccionario de términos históricos que acababa de renovar. La alegría de charlar con ella unos minutos pronto comenzó a ser devorada, como un Saturno caníbal, por un oscuro pensamiento. Tantas horas invertidas, ¿y si fracasa? El opositor comenzó a imaginarse el día del examen, frente al papel, titubeando, incapaz de destacar entre el resto de sus rivales, comprobando una y otra vez, con infinita desolación, el 4,95 final que le impedía pasar a la siguiente fase. Abrumado por esa posibilidad, comenzó a palidecer y la bibliotecaria le miró con mayor atención, reparando en su aspecto desvaído.

–¿Te encuentras bien?

Sergio no contestó. En ese momento estaba siendo tragado por su pesimismo. Trató de esbozar una sonrisa, que se diluyó como una meada en el mar. El ruido de unas botas militares resonó en su cabeza, aproximándose. Dos agentes uniformados de la *Securitate* lo agarraron de los brazos, arrastrándolo a lo largo del pasillo y lo encerraron en el baño. Sergio vomitó el café y después encendió un cigarrillo. El humo mitigó un poco el sabor a bilis.

Resuenan las bombas sobre Sarajevo, las tropas serbias se retiran a Albania y los soldados mueren como alimañas; los judíos griegos son enviados a los campos de exterminio desde Tesalónica –tantas malditas muertes en

doce folios, tema 49– Slobodan Milósevic sufre un ataque al corazón en una oscura celda en La Haya.

El opositor tiró de la cadena y la sensación de opresión se fue por el sumidero. Regresó al mostrador. Su bibliotecaria seguía allí, con la nariz pegada a la pantalla del ordenador, que amenazaba con engullirla como a la niña de Poltergeist. De repente le miró:

–¿Estás mejor?

–Supongo que sí.

–No tienes buen aspecto, creo que te exiges demasiado– la bibliotecaria, como ya tenía confianza con Sergio, pensó en preguntarle si de verdad le merecía la pena todo ese esfuerzo y si sentía verdadera vocación, recordando los días que su madre, profesora, llegaba desquiciada y no podía ni probar bocado. Al final, se contuvo –Esta noche podríamos tomarnos ese café que me tienes prometido y así desconectabas un poco.

Sergio sintió deseos de saltar por encima del mostrador, pero se contuvo.

–Es que el examen está tan cerca... Cada minuto que pierdo me siento culpable.

La decepción se adueñó del semblante de la bibliotecaria con la rapidez con que los alemanes dominaron la península del Peloponeso y entraron en Atenas como los nuevos persas. Por suerte, Sergio rectificó:

–En fin, tienes razón, me vendrá bien quitarme las oposiciones de la cabeza. Es cierto que entre unas cosas y otras nunca nos tomamos el dichoso café. ¿Te parece bien a las ocho?

–A las ocho acabo, te espero aquí. Y prohibido hablar de oposiciones, que quede claro.

–Sí, sí. Clarísimo.

El opositor regresó a la sala de estudio. Su sitio permanecía vacío, rodeado por Drácula, la ninfa y un sujeto que vibraba como si tuviera debajo del culo un motor al ralentí, y movía los labios, repasando la lección o quizá preparándose para un atentado suicida.

El sonido del Whatsapp resonó en la sala y fue tan vergonzoso que su silbido se ralentizó hasta hacerse imperceptible. La usuaria del móvil cantarín lo hizo enmudecer con una rápida combinación de teclas.

Sergio contempló la extensa sabana que era aquella biblioteca como un avezado naturalista. Los bloques de estanterías cubrían las paredes, trufados de libros, como extrañas flores de baobab. Las caras sobre la mesa, en posición de inusitada penitencia estudiaban en relativo silencio.

Llegó el turno del tema 50, “Las revoluciones rusas, creación, desarrollo y crisis de la URSS”. El sonido de la bocina del acorazado Aurora resonó en el corazón de Sergio, que seguía pensando en su bibliotecaria y en el encuentro que tendría lugar dentro de dos horas. *Mientras, los marineros del Kronstadt deambulan por las frías habitaciones del Palacio de Invierno...*

El opositor reescribió Kronstadt en su ficha de repaso y se regodeó pensando en su princesa Anastasia detrás del mostrador, desafiando a sus asesinos entre la nieve. Sabía que la ciencia había certificado que el cuerpo de la última hija del zar había sido sepultado en otra fosa, y por tanto no había sobrevivido, pero aquella leyenda le gustaba. Se abandonó un poco a su fantasía. Doctor Zhivago se iluminó esta vez en la estantería y Sergio se levantó, movió la silla hacia atrás sin hacer ruido, abrió el grueso volumen y leyó con deleite, como el que arranca la cabeza de una gamba y chupa sus entrañas: “¡Piense qué tiempos son éstos! ¡Y nosotros los estamos viviendo! Cosas tan increíbles tal vez sólo ocurran una vez en la eternidad”. Después dejó el libro otra vez en la estantería, se sentó en su sitio y volvió a reclinarse sobre la mesa.

Repasó mentalmente las fases de la revolución y su cronología; imaginó la brillante calva de Beria en su oficina de la Lubianka bajo la luz de una vela, organizando viajes a Siberia sin billete de vuelta.

Un ruido ensordecedor hizo crujir las ventanas y todas las cabezas se volvieron un instante. El vuelo de un reactor militar hizo que algunos se levantaran estirando el cuello, pero sólo pudieron atisbar el perfil de dardo grisáceo de un F16 alejándose hacia su base. Al menos la Guerra Fría ha terminado, se dijo y miró su reloj, que se resistía a rebasar las siete de la tarde.

La biblioteca es un espacio que asemeja un vacío. Las paredes de libros, la luz que entra por la ventana apenas tamizada por los delgados estores, componen un ambiente de misterioso limbo. Sergio notaba cómo su rendimiento se disparaba, pero después de su encuentro con la bibliotecaria le costaba centrarse. Retomó el cuarto plan quinquenal y sintió un leve vértigo al repasar las miles de toneladas de trigo y acero. Luego subrayó en su ficha *estajanovismo* y notó un fuerte dolor de riñones y sus manos hinchadas, incapaces de sujetar el bolígrafo.

La puerta de la sala se abrió. La bibliotecaria entró empujando el carrito con los libros para ser devueltos a su sitio y los fue colocando uno a uno, con delicada parsimonia. Sergio reparó en uno de los títulos: *El espía que surgió del frío*. Berlín. El muro, recordó. Derribado el 9 de noviembre de 1989. Otra vez aquel automatismo. Cualquier experiencia, una raíz brotando de un castaño, una zanja abierta para reparar una tubería, un niño sosteniendo un globo, la transformaba en dato histórico-geográfico, lo vinculaba a sus apuntes como si viviera encerrado en un juego de palabras encadenadas.

La bibliotecaria se acercó hacia donde estaba y le tocó con la varita de sus dedos.

–¿Qué tal, cómo vas?

–Pues aquí estoy, repasando la revolución rusa. ¿Te ayudo?

–Si quieres...

Las manos de la bibliotecaria se deslizaban por el lomo de los libros, que parecían arquearse de gusto como un gato, a veces coincidían con las de Sergio y ese leve roce, agitaba su respiración y le llenaba de expectativas. La atracción amorosa es la única fuerza que puede transformar una actividad aburrida y mecánica en una experiencia placentera. Las hojas de los libros se transformaron en una lluvia fina que les envolvió durante ese escaso minuto de complicidad, como a Lara y Yuri en su dacha de verano, rodeada de narcisos amarillos. Fue una deliciosa pausa para Sergio, que vio cómo se alejaban por un momento sus obsesiones.

–Regreso al mostrador, te dejo con tus rusos.

Sergio levantó el puño y contempló a la bibliotecaria de espaldas alejándose, arrastrando el carrito vacío. Perestroika. Glasnot. Esto se acaba. Gorbachov se acercó entonces y con gesto serio se lo llevó de nuevo hacia su mesa.